

L'Africa romana

Atti del XIII convegno di studio
Djerba, 10-13 dicembre 1998

A cura di Mustapha Khanoussi, Paola Ruggeri e Cinzia Vismara

Volume primo



Carocci editore

1^a edizione, novembre 2000
© copyright 2000 by
Carocci editore S.p.A., Roma

Finito di stampare nel novembre 2000
dalle Arti Grafiche Editoriali srl, Urbino

ISBN 88-430-1647-4

Riproduzione vietata ai sensi di legge
(art. 171 della legge 22 aprile 1941, n. 633)

Senza regolare autorizzazione,
è vietato riprodurre questo volume
anche parzialmente e con qualsiasi mezzo,
compresa la fotocopia,
anche per uso interno
o didattico.

María Paz García-Gelabert
Historia de las excavaciones arqueológicas
españolas en el norte de Mauretania Tingitana.
Investigación de la cultura fenicia.
M. Ponsich y M. Tarradell

Los dos arqueólogos, cuya obra vamos a estudiar, el primero francés, aunque ha dedicado gran parte de su vida profesional a investigar en España, y el segundo español, presentan algunas facetas comunes. Ambos tomaron como campo de sus actividades intelectuales a Mauretania Tingitana. Ambos aplicaron después sus afanes científicos a España. Ambos se dedicaron a la prehistoria, protohistoria y a la etapa clásica, tema este último abordado por el Dr. J. M. Blázquez, con respecto a los dos personajes, en su comunicación a este Congreso. Ambos se caracterizaron por un conocimiento minucioso del terreno y por un manejo exhaustivo de la bibliografía menuda.

Comenzó M. Ponsich su carrera científica con una serie de trabajos sobre aspectos monográficos de la arqueología de Mauretania Tingitana, concretamente con contribuciones al atlas arqueológico de Marruecos. La primera estudiada fue la región de Tánger¹, y la segunda la de Lixus², dos zonas que el autor conocía perfectamente pues las había visitado con todo detenimiento.

Dichos estudios significan un gran avance en el conocimiento arqueológico en esta costa atlántica. Y a pesar de los años transcurridos siguen siendo obras de necesaria consulta.

Otras investigaciones abordadas por el arqueólogo francés son de tema fenicio, uno de sus preferidos, como la publicación de un huevo de avestruz decorado, hallado en Tánger³. Precisamente los huevos de avestruz constituyen uno de los productos que los fenicios repartieron por el Mediterráneo, con la carga simbólica que portan asociada (FIGG. 4, 6).

1. M. PONSICH, *Contribution à l'Atlas Archéologique du Maroc, région de Tanger*, «BAM», 5, 1964, pp. 253-290. Sobre la vida de M. Ponsich con la lista de todas las publicaciones, véase J. M. BLÁZQUEZ, S. MONTERO, *Presentación*, in *Alimenta. Estudios en homenaje al Dr. M. Ponsich*, Madrid 1991, pp. 9-11, 13-9.

2. M. PONSICH, *Contribution à l'Atlas Archéologique du Maroc, région de Tanger*, «BAM», 6, 1966, pp. 377-426.

3. M. PONSICH, *Tanger, un œuf d'autruche décoré*, «BAM», 6, 1966, pp. 461-4.

Tienen un marcado carácter funerario. A pesar de lo cual y de asociarse comúnmente a necrópolis semitas, también se encuentran en poblados y en cementerios tartésicos.

En general se ha de indicar que para la mayor parte de las civilizaciones mediterráneas el huevo es un símbolo universal de fertilidad, de vida, de esa vida que contiene en germen. Y emblema de la vida terrena lo es también de la vida en el Más Allá, y emblema de resurrección, de renacimiento.

La costumbre de depositar huevos en las tumbas se atestigua en el Neolítico del Próximo Oriente. Y se extendió paulatinamente por todo el ámbito Mediterráneo desde Oriente a Occidente. Así en sepulcros prehistóricos griegos ya hay documentadas cáscaras de huevos. En Etruria los huevos que sostienen los comensales de las representaciones pictóricas o escultóricas funerarias poseen, sin duda, similar simbología que los reales. La misma que debían tener los huevos que servían como plato obligado los romanos en los banquetes fúnebres al morir un deudo o tiempo después.

Es usual que el huevo de avestruz aparezca, indistintamente, entero con una o dos perforaciones (es menos común), partido en dos mitades o en tres cuartos, con los bordes lisos, redondeados, en forma de V, o dentados que encajan. El muerto bebía o comía, pues, de un recipiente de primera calidad que daba al líquido o a los alimentos sólidos que debieron contener en su interior un poderoso poder regenerador.

Y generalmente son decorados con diseños a base de motivos geométricos simples o complejos (zigzags, líneas y bandas, triángulos); motivos vegetales más o menos complicados (palmetas, flores de loto, árboles de la vida); zoomorfos (aves, ciervos, grifos), o en más raras ocasiones antropomorfos. Suelen plasmarse las figuraciones en pintura roja, a veces en pintura blanca o azul, o por medio de trazos incisos⁴. También se han recuperado huevos de avestruz cuyas paredes interiores se recubrieron de pigmento rojo o que contuvieron dicho pigmento como ofrenda a los dioses de la muerte y/o al difunto.

El color rojo es el más utilizado en los complejos ceremoniales que rodean al mundo de la muerte. Tal vez simboliza la sangre, es sustitutivo de ésta y consecuentemente de la vida, o se asimila con los ritos solares. Otros más son los atributos que se asimilan con este color, dependiendo de las diversas religiones, no sólo en Occidente y en el Próximo Oriente, sino también en el Extremo Oriente, en algunos de cuyos países se recu-

4. Con toda probabilidad los diseños contienen una carga simbólica, a la que en el estado actual de la investigación no es posible acceder.

bren en la festividad de Año Nuevo, gran parte de los objetos cotidianos y las paredes y puertas de las casas de papeles de color rojo.

Más abajo se alude al pigmento rojo que se aplicaba a los cadáveres en el Paleolítico y en otras épocas, sin que, por lógica, haya una sucesión de continuidad entre unas y otras civilizaciones. No obstante los mecanismos conceptuales de la mente, somos de la opinión que, similares en todas las épocas, pueden producir, en diferentes ambientes culturales, idénticos resultados.

El depositar huevos de avestruz entre los ajuares, o a veces de gallina cuando no había acceso a aquéllos, como entre las tribus íberas, en parte fue adoptado por las tribus indígenas, a ambos lados del Mediterráneo, con las que los semitas tomaron contacto consecuente con las transacciones comerciales o a través de su asentamiento físico en las cercanías y/o en sus poblados. En Hispania los más antiguos han aparecido en las necrópolis semitas de Sexi (Almuñecar, Granada). Solamente en Baria (Villaricos, Almería) se han recogido cerca de ochocientos. En las tumbas tartésicas de la Ría de Huelva y de los alrededores de Carmona son muy populares los huevos de avestruz con las superficies decoradas con los mismos métodos y diseños aludidos arriba, es decir con motivos a base de pigmentos rojos, azules o blancos o incisos, sin duda por influencia de los colonos fenicios, en cuyas necrópolis (y en las púnicas) puede afirmarse que son casi absolutamente imprescindibles.

Los hallazgos de huevos de avestruz, como indicamos, no son muy comunes en los ajuares iberos hispanos, aún así se han atestiguado algunos ejemplares de gallina, sustitutivos de aquéllos, sin duda por la dificultad que conllevaba el adquirir estos últimos (Castellones de Ceal, Turó dels dos Pins, Can Rodon de l' Hort).

Acerca del conocimiento de las necrópolis fenicias hizo M. Ponsich⁵ una excelente contribución en el año 1967, concretamente con referencia a las localizadas en la región de Tánger. Al estudio de las necrópolis fenicias de la aludida región, volvió M. Ponsich dos años después, en 1969⁶. Son trabajos largos y detallados, en los que demuestra un profundo conocimiento del ambiente funerario de los fenicios.

La civilización fenicia siempre atrajo la atención científica del arqueólogo que estudiamos. La trató bajo diferentes aspectos. Así, en 1968, publicó un libro sobre las alfarerías fenicias de Kuass⁷. La cerámica, por su perdurabilidad a través de los siglos constituye, dentro de los hallazgos

5. *Nécropoles phéniciennes de la région de Tanger*, Tanger 1967.

6. *Nécropoles puniques de la région de Tanger*, in *Actes du 91° Congrès National des Sociétés Savantes (Rennes, 1966)*, Paris 1969, pp. 55-68.

7. M. PONSICH, *Alfarerías de época fenicia púnico mauretana en Kuass (Arcila, Marruecos)*, «Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia», 4, Valencia 1968.

materiales de un yacimiento, un fósil guía de la mayor importancia, y su interpretación aporta conclusiones vitales, y muchas veces la comprensión de un amplio espectro dentro de la historia antigua y de la arqueología. Véase como, a través del estudio ceramológico en laboratorio, conforme a la evolución estructural interna, formal, decorativa de las vasijas, se pueden llegar a deducir algunas de las características de las poblaciones que las poseen y/o fabrican en alfares propios. Se establecen redes comerciales que devienen en vehículos de corrientes culturales, motivo a su vez de importantes procesos de aculturación. Se aprecian los mecanismos de comercio. Interrelaciones de unos pueblos con otros. Mecanismos de redistribución... Y así lo entendió el Dr. Ponsich, cuya línea seguimos y desarrollamos en nuestra investigación.

Un aspecto, también relevante, que en la actualidad se está tratando por estudiosos de la civilización fenicia, en el que M. Ponsich se adelantó varios años a la investigación moderna, es el tratado en 1969. Es el del ascendiente, como más desarrollada y cultivada, de la cultura fenicia sobre las comunidades agrícolas y ganaderas de la región de Tánger⁸.

En la fecha citada, 1969, el trabajar sobre las influencias de la civilización fenicia, y sobre todo en lo que se refiere a las poblaciones rurales, que no eran tenidas excesivamente en cuenta, constituía una gran novedad. M. Ponsich es un predecesor, insistimos, de asuntos que en años posteriores se han enfatizado, como el tema de la cerámica, y el relativo a la relación de Marruecos con las tribus del sur y del levante ibérico, que recibieron el impacto del comercio fenicio.

Son estas investigaciones una importante contribución para entender aspectos concretos del asentamiento fenicio y sobre todo de sus relaciones con los nativos, con los que comerciaban los semitas, y a veces vivían, si suponemos asentamientos estables para los orientales, como ahora se propugna por investigadores, entre otros J. Alvar y C. González Wagner.

La aportación fundamental de M. Ponsich es un libro, que vio la luz en 1970, sobre Tánger y su región⁹. Consiste en un estudio pormenorizado, conforme al título de la obra. Comienza a partir de la prehistoria hasta llegar al Bajo Imperio.

El trabajo se divide en tres libros. El primero de ellos, que consta de doscientas veintidos páginas, se dedica a la prehistoria y a la protohistoria de la región. El libro segundo de ciento diez páginas de extensión, estudia

8. *Influences phéniciennes sur les populations rurales de la région de Tanger*, in *v Symposium de Prehistoria Peninsular. Tartessos y sus problemas*, Jerez de la Frontera 1969, pp. 173-84.

9. M. PONSICH, *Recherches archéologiques à Tanger et dans sa région*, Paris 1970.

Mauretania Tingitana durante el Alto Imperio. Y el tercer libro, de sesenta y cuatro páginas, trata sobre Mauretania Tingitana en el Bajo Imperio.

Nos centramos, a efectos de esta comunicación, en el primer libro. Es exhaustivo hasta en los más mínimos detalles. Como se indicó al comienzo, el manejo de la numerosa bibliografía es absoluto, y es una constante en su trayectoria científica. Nada se escapa al cuidado de M. Ponsich. El volumen se lee con gusto pues está escrito en un estilo ameno. Y en su conjunto se halla perfectamente ilustrado con muchos y buenos mapas y fotos, que aligeran, sin distraer, el contenido del texto.

El presente trabajo pretende dejar muy claro el pensamiento de M. Ponsich, y una valoración, en parte tomada de M. Ponsich y en parte propia, de las diferentes culturas prehistóricas y protohistóricas. Un acierto grande del autor es comenzar su obra con un estudio dedicado a la situación geográfica y topográfica de Tánger y de su entorno. La topografía del terreno explica satisfactoriamente muchos aspectos de las culturas. Ya los griegos en la antigüedad defendieron que el hombre es un producto geográfico del medio ambiente. Y nosotros continuamos en la misma línea, es evidente que la realidad ambiental determina ecosistemas y la adaptación a uno específico genera una transformación sociocultural precisa. La evolución no puede separarse de las condiciones ambientales, sociales y naturales. Por tanto el enfoque ecológico resulta imprescindible para el estudio y explicación de los cambios generados en un proceso histórico puntual, en relación con una sociedad determinada.

La región que estudia M. Ponsich, por estar situada en un estrecho, el de Gibraltar, que es el paso obligado, corto, entre el norte de Africa y la Península Ibérica, está condicionada por este accidente geográfico.

Se detiene el autor a describir la bahía, las montañas y la costa, los ríos y las lagunas. El clima, los cambios climáticos, tan importantes para inferir modos de vida y mecanismos de adaptación, el manto vegetal y la fauna. Antes de proseguir en el estudio cultural M. Ponsich, volvemos a reiterarlo, es partidario, acertadamente, de investigar “el ambientalismo”. Por ejemplo, la oscilación y cambios de una época a otra en el área en estudio, explican, como muy bien puntualiza M. Ponsich, que son muy difíciles de fijar, actualmente sobre el terreno, con los datos que se leen en el *Periplo de Hannon*¹⁰.

La región de Tánger estuvo habitada por el hombre ya en el Paleolítico y en el Neolítico. En términos generales todas las etapas de la prehistoria están patentes en el norte de Marruecos, como lo están en la Península Ibérica.

10. J. RAMIN, *Le périple d'Hannon. The periplus of Hanno*, Oxford 1976.

Y la dicha región de Tánger era escala obligada de las aves migratorias y de los atunes, que penetraban del Atlántico al Mediterráneo. Este dato es de por sí de gran trascendencia económica, pues la riqueza de la costa mediterránea y atlántica de Mauretania se basa en gran medida en la explotación y comercialización de las salazones¹¹. Y precisamente sobre las salazones M. Ponsich ha realizado múltiples y bien documentados estudios, que aquí obviamos, porque son del dominio del mundo científico.

Las lagunas se convirtieron en tierras de aluvión aptas para la agricultura y, por supuesto, para la ganadería. M. Ponsich se adelanta a algunas ideas que en la actualidad se tratan con familiaridad. Véase, generalmente se defiende que el vino y el aceite lo trajeron a Occidente los fenicios, o bien el conocimiento del cultivo del olivo y de la vid¹². Y no obstante, hay pruebas ciertas que en la cultura de El Argar, en España, se consumían aceitunas y uvas. Concretamente semillas de uva aparecen en las copas argáricas. Y en Marruecos, asimismo existía el acebuche. Probablemente la aportación de los fenicios fue la de perfeccionar los cultivos, puesto que los antecesores silvestres de estas plantas crecían en la Península Ibérica y en Africa.

Como muy bien puntualizó M. Ponsich, la riqueza de la región hizo que en esta zona (Lixus) se situaran en las leyendas y en los mitos el Jardín de las Hespérides (Plin., *nat.* 19,63) y la lucha de Anteo, hijo de Poseidon y de Gea, con Hércules (Plin., *nat.* 5,2). De este último episodio es ilustrativo un bronce, que representa la lucha de Atlas y del heroe dorio, y el papel jugado por este último en el origen de Tingis y de la dinastía mauretana¹³.

M. Ponsich traza la historia de los descubrimientos, empezando por el Paleolítico, al que dedica un párrafo. El autor se mueve con soltura y hábilmente entre los problemas generados por una fase de la humanidad aún tan ininteligible y que precisa de un conocimiento técnico muy específico; es sabedor de los lugares de asentamiento y los numerosos escritos sobre el tema, que discute detallada aunque sucintamente, porque no es el objetivo central de su obra.

M. Ponsich no se inclina a aceptar la tesis de L. Pericot de la existencia del Solutrense, por comparación con la cueva del Parpalló, sino que

11. M. PONSICH, *Aceite de oliva y salazones de pescado. Factores geoeconómicos de la Bética y Tyngitania*, Madrid 1988. ID., *Pérennité des relations dans le circuit d'Étroit de Gibraltar*, «ANRW», II, 1, Berlin-New-York 1975, pp. 633-55. Trabajo de síntesis.

12. J. M. BLÁZQUEZ, *Fenicios, griegos y cartagineses en Occidente*, Madrid 1992, p. 20. ID., *Importación de alimentos en la Península Ibérica durante el primer milenio a.C.*, in S. MORCILLO, J. GOMEZ PANTOJA, P. CRESIER (eds.), *Impactos exteriores sobre el mundo rural mediterráneo. Del Imperio Romano a nuestros días*, Madrid 1997, pp. 23-56.

13. A. GARCÍA Y BELLIDO, *Historia de España. España Protobistórica*, 1.2, Madrid 1975, p. 503.

defiende que el material depositado en el Museo Arqueológico de Tetuán es Musteriense. No han aparecido en la región de Tánger vestigios mesolíticos, lo que es chocante, aunque son abundantes en Marruecos oriental y central. M. Ponsich no acepta el término ibero mauritano, que presupone una identidad entre las culturas de la Península Ibérica y de Marruecos.

En el Neolítico se documenta ya el paso del Estrecho de Gibraltar, hecho que fue motivo de discusión hace unos cuarenta o cincuenta años. En este sentido los investigadores propugnaban que en el Paleolítico los homínidos podían haber arribado a Europa a través del Estrecho. Esto no es descartable en absoluto, teniendo en cuenta su génesis en el corazón de África, en el sector oriental, al este de la gran falla del Rif-Valley. Sí parece probable que la llegada a la Península Ibérica esté relacionada con la expansión del *Homo erectus* desde África¹⁴. Los métodos actuales de datación y las nuevas técnicas de excavación, pueden si no con absoluta certeza, si al menos acercarnos a la solución del problema, que aún, a pesar de los avances de la ciencia arqueológica, se muestra confuso.

El paso del Estrecho en la fase neolítica se demuestra por la presencia de cerámica cardial en Marruecos, abundante en Liguria y en el sur de España. Estas cerámicas impresas (mediante conchas de *Cardium edule*) constituyen el testimonio más antiguo de la presencia de los hombres del Neolítico en ambas orillas del Mediterráneo. La penetración de esta cerámica, mejor dicho de personas que la portaba y/o conocían su técnica de fabricación y decoración, abarca sólo las regiones de Tánger y de Tetuán. Lo que no es posible matizar por las fechas en que trabajó el investigador francés, es si los navegantes neolíticos arribaron antes a las costas de Marruecos que a las de España, o viceversa, pudiendo, incluso, haberse dirigido simultáneamente unos grupos al norte de África y otros al sur de España. Esta última afirmación creemos entra dentro de una lógica en función de una/s oleada/s de avance. Sobre todo si tenemos en cuenta

14. Los testimonios más antiguos de esta especie se sitúan en Koobi-Fora, al este del Lago Turkana y en Kariokotome, en Kenya. A. Moure es de la opinión que la expansión a partir de África pudo realizarse vía terrestre o marítima. En el primer caso la migración de grupos humanos se dirigiría a través del Istmo de Suez hasta el Próximo Oriente y desde allí se dividiría al menos en dos ramificaciones, una hacia el este por el sur del Himalaya y otra hacia Europa a través de los Balcanes. Desde este foco tal vez llegarían algunos grupos, atravesando los Pirineos a la cornisa Cantábrica. Por vía marítima pudieron dirigirse por el itinerario Túnez-Sicilia-Italia o enlazando con Marruecos con el sur de España a través del Estrecho de Gibraltar (cf. A. MOURE, *Prehistoria*, en *Manual de Historia de España. 1. Prehistoria. Historia Antigua*, Madrid 1991, p. 19-20). No obstante hay muchas controversias al respecto, aunque no podemos detenemos en un problema que está generando amplia y polémica bibliografía.

que la neolitización a ambos lados del Estrecho se desarrolló en función de la expansión de poblaciones, en primera instancia procedentes del Próximo Oriente. Dicha expansión con toda probabilidad tuvo lugar por vía marítima, mediante una precaria navegación de cabotaje, o por ruta terrestre costera. Las causas que generaron la salida de las aldeas nativas no es posible, en el estado actual de nuestros conocimientos, llegar a conocerlas.

Tánger es importante porque en esta región se cruza el Neolítico de procedencia mediterránea con el característico del norte de África, que procede del mismo foco primigenio. M. Ponsich hace algunas precisiones muy significativas, como que la agricultura aparece con la etapa histórica y es, por lo mismo, muy tardía, siendo las más antiguas manifestaciones de la agricultura el cultivo de cereales y la domesticación de ovicapridos. Estuvo muy desarrollado el ganado, sobre todo bovino y la pesca, constituyendo ambos la base de la alimentación.

Otro tanto ocurre en relación con los yacimientos hispanos, en los inicios del Neolítico entre los cuales, no obstante, hay excepciones, ya que la dinámica de la neolitización es diferente según las zonas, como en el norte de África. Y así, cuando las bandas, las migraciones neolíticas entran en contacto con los grupos residuales epipaleolíticos mediterráneos, en algunos poblados se aprecia una verdadera neolitización (finales del VI milenio y primera mitad del V milenio). O bien los yacimientos en los que encontramos esa agricultura incipiente estuvieron poblados por dichos grupos neolíticos que arribaron a la Península (Cova de l'Or, Beniarrés, La Sarsa, Bocairente). Y la relación nueva entre el hombre, la tierra, la vegetación y los animales fue paulatinamente adoptada por los ocupantes hispanos epipaleolíticos de las aldeas cercanas. Concretamente hay adopción de los agriotipos no existentes en la Península Ibérica (variedades *Triticum monococum* o esprilla, *Triticum dicocoides* o escanda, *Hordeum vulgare* y *Hordeum polystichym* o cebada; ovicapridos) aportados por los hombres neolíticos. En cambio, en otros lugares, en los que también, como en los reseñados arriba, se recuperó cerámica cardial (cueva de La Cocina), no hay indicios de la práctica de la agricultura ni de la ganadería, siguiendo pues su ancestral sistema recolector/depredador. Se trataría, con respecto a los ocupantes de estos yacimientos, de bandas epipaleolíticas neolitizadas¹⁵.

15. A partir de la mitad del V milenio y durante todo el IV milenio se contempla, a través de las excavaciones arqueológicas, como los modos de vida neolíticos se van adoptando paulatinamente por las poblaciones epipaleolíticas. Posteriormente, tal vez hacia finales del V milenio o principios del IV milenio, llegan grupos de hombres portadores del conocimiento de la agricultura y de la ganadería por vía continental, que se reconocen por-

La civilización neolítica ocupó un lugar importante en Marruecos. Desde Tánger se extendió al interior del país. El centro de esta expansión del periodo Neolítico era Ras Achakar, zona en la cual se habitó en cuevas, hecho que también es común en España.

M. Ponsich, como ya hizo con fases anteriores, comienza con los problemas de la Edad del Bronce y con la historia de la investigación. Acepta la tesis de A. Jodin, que es un excelente conocedor de Marruecos, acerca de que las poblaciones megalíticas vinieron por mar. El final del Neolítico y los comienzos de la Edad del Cobre están definidos por la expansión del megalitismo. Y en este periodo parece repetirse, como con respecto al Neolítico, tanto en el norte de África como en el sur de España, un fenómeno sincrónico¹⁶. Aportación cultural contemporánea en ambos márgenes del Mediterráneo de grupos humanos alóctonos. Ahora bien, la investigación actual, basándose en las dataciones absolutas de C₁₄ y termoluminiscencia, ha demostrado que la mayor antigüedad de los megalitos se halla en la fachada atlántica del occidente europeo. No obstante no hay que pensar en un único proceso. Y, por otra parte, la investigación aún no ha dicho la última palabra con referencia a la dispersión de los monumentos megalíticos.

M. Ponsich estudia minuciosamente las necrópolis de la Edad del Bronce, que determinan los lugares de habitación, como las de Mrièrs o la de Buchet. E ilustra el texto con fotos y planos, según su costumbre, lo que proporciona al lector un mejor seguimiento de las materias. Y por ejemplo en la necrópolis de Mrièrs el cadáver se colocaba en posición fetal, exactamente igual que se documenta en la cultura de El Argar en España. Y el cuerpo se coloreaba con pintura de color rojo, ritual que está demostrando unas, no conocidas, connotaciones con el Más Allá. Dicho ritual se conoce también para el Paleolítico, y también se aplicó por los fenicios para recubrir parte del cuerpo de sus muertos. Ya indicamos más arriba la estrecha relación del color rojo con la muerte.

Las estructuras funerarias de la zona de Tánger consisten en cistas, formadas por grandes bloques de piedra, sin apenas desbastar, y cubiertas por enormes losas, al igual que se vienen documentando en las necrópolis de la misma época en la provincia de Huelva y en el sureste hispano. Y otras son verdaderas cámaras megalíticas, como la tumba I de la

que el menaje cerámico tiene otras características. No utilizan la decoración impresa, siendo sus vasijas lisas. La problemática neolítica aún se halla en plena fase de investigación y vemos prematuro tratar de correr demasiado.

16. No se pueden olvidar los grandes monumentos de la cultura megalítica hispana contemporáneos, como los magníficos dólmenes de Soto de Matarrubillas, de Antequera, de la Pastora, etc.

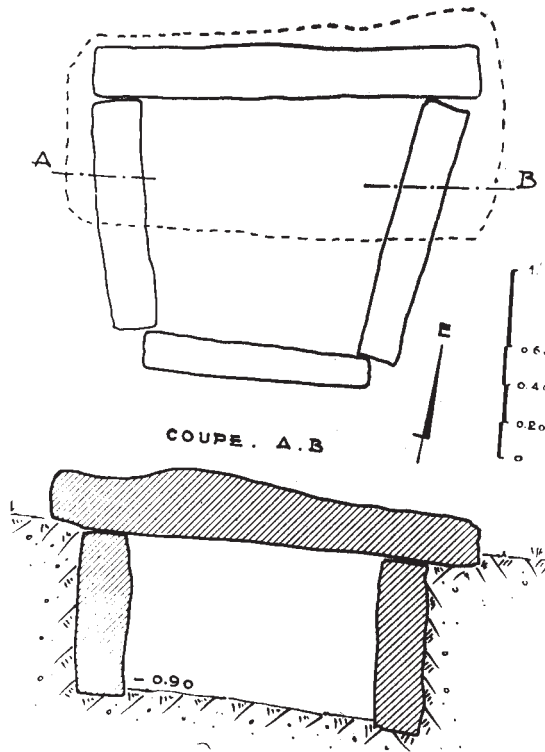


Fig. 1: Planta y alzado de la tumba n. 1. Necrópolis de Dar Kebira. Edad del Bronce (dibujo M. Ponsich).

necrópolis de Dar Kebira (FIG. 1). Megalitos que, salvo excepciones, son indicativos de carácter territorial. Es decir, las bandas de pastores que enterraban a sus muertos en estos colosales monumentos hacían de ellos no sólo el lugar en el que reposaban los fallecidos de su grupo, sino un hito que marcaba el espacio bajo su control. Este extremo aparece muy claro en los megalitos hallados, por ejemplo, en la Meseta norte hispana, concretamente me refiero al dolmen de Entretérminos (en el límite entre Collado Villalba y Alpedrete, Madrid).

Los ajuares son variados, conteniendo algunos de ellos armas, como alabardas, y la mayoría cerámica, típica de la Edad del Bronce.

Rito característico de Berbería, desde el Paleolítico, es colocar sobre el esqueleto placas de piedra. Se encuentra durante el Calcolítico en tumbas megalíticas. Y muchos siglos después lo descubrimos en tumbas rura-

les de época fenicia. Acerca de estas placas se ha observado su existencia en la necrópolis megalítica de Mers y en tumbas de la Edad del Bronce. Mas no puede haber relación con el ritual del Paleolítico, es otra muy distinta y lejana la cultura, son otros los hombres. En cambio si cabe la posibilidad de una continuidad del rito a partir de la fase de los megalitos, a través de la Edad del Bronce, entre las poblaciones nativas contemporáneas de la llegada de los hombres orientales.

El sistema de enterramiento, al igual que en España, era la inhumación. M. Ponsich propone que la similitud de las tumbas de Tánger y de las de España, más que un influjo hispano, puede deberse a una evolución simultánea en ambas orillas del Mediterráneo. Es factible, pero también hay que tener en cuenta que en las dos regiones se han recuperado en los ajuares los llamados puñales argáricos. Y además el autor galo puntualiza que la región de Tánger durante la Edad del Bronce fue diferente del resto de Marruecos, y próxima a la del sur de España.

M. Ponsich, también en este volumen, dedica especial interés a la época fenicia. Apoya la credibilidad del *Periplo de Hannon*, lo que creemos acertado. El Cabo Soloeis no sería el Cabo Cantin, sino el Cabo Spartel. Fundaciones fenicias entre las Columnas de Hércules y Lixus serían Thymiatérion, Karikon Teichos, Gutté, Akra, Melitta y Arambys, citadas en el *Periplo de Hannon*.

Es partidario de una cronología alta, hacia el 1100 a.C., para las fundaciones de Utica y de Cádiz, que no tienen hasta el día actual confirmación arqueológica. El establecimiento del Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Cádiz), que es probablemente la propia Gadir, o una colonia importante muy cercana a aquélla, no se puede llevar más allá del siglo VIII a.C. Sin embargo, una excelente conocedora de las cerámicas de Oriente como Bikay, escribe que en Málaga han aparecido dos vasos de cerámica de Tiro, fechados en el siglo X a.C.¹⁷. Mas este hallazgo puede

17. BLÁZQUEZ, *Fenicios, griegos y cartagineses en Occidente*, cit., *passim*; ID., *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*, Salamanca 1975. M. E. AUBET (ed.), *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*, Sabadell 1989. G. DEL OLMO, M. E. AUBET (eds.), *Los fenicios en la Península Ibérica*, Sabadell 1986. H. G. NIEMEYER (ed.), *Phönizier im Westen*, Maguncia 1982. D. RUIZ MATA, *Tartessos*, in *Historia de España. Desde la prehistoria hasta la conquista romana (siglo III a.C.)*, Barcelona, 1994, pp. 379-429. Sobre la colonización fenicia y púnica: H. SCHUBART, O. ARTEAGA, in D. RUIZ MATA, *Tartessos. Historia de España. Desde la prehistoria hasta la conquista romana (siglo III a.C.)*, pp. 43-469. Para la prehistoria hispana: I. BARANDIARAN, B. MARTIN, M. E. AUBET, V. LULL, in RUIZ MATA, *Tartessos*, cit., pp. 123-480. A. TEJERA, *Las tumbas fenicias y púnicas del Mediterráneo occidental. Estudio tipológico*, Sevilla 1979. J. M. BLÁZQUEZ, *Sirios y arameos en la colonización fenicia de Occidente*, «RStudFen», 21, 1993, pp. 41-52. R. CORZO, *Historia del arte en Andalucía. La Antigüedad*, Sevilla 1989. En general, ya que es la región

haber sido generado por el arribo de exploradores o de viajeros aislados, procedentes del Próximo Oriente.

Hoy en día, J. Alvar, M. Belén, C. G. Wagner y J.M. Blázquez, admiten un periodo precolonial fenicio y la llegada de cerámicas micénicas a Andalucía. Al respecto de estas cerámicas somos de la opinión que la hipótesis de una presencia física micénica es demasiado débil. No se puede admitir como artículo de fe para apoyar un comercio aqueo en el extremo Occidente, unos pequeños fragmentos de cerámica. En todo caso los recipientes micénicos pudieron ser transportados por esos primeros navegantes fenicios, si se admite la precolonización antes del siglo XIII a.C.

Las necrópolis fenicias de las proximidades de Tánger, se encontraron violadas, hecho que es usual en la mayor parte de los cementerios de toda la Edad Antigua, sobre todo aquellas tumbas que presentan una cuidada y/o grandiosa construcción, indicativa de la riqueza que pueden atesorar en el interior los ajuares que acompañan a /los difuntos. No obstante, todas ellas, bien estudiadas, constituyen una importante fuente de información no sólo por lo que respecta a los rituales, que nos llevan a la religión, sino porque también afecta a la sociedad de los vivos, que son quienes las levantaron.

M. Ponsich indica que, como lo demuestra el estudio de las necrópolis de Aïn Dalhia y Djebila, los navegantes tirios entran en contacto con los poblados de los nativos de la Edad del Bronce y hay aportaciones mutuas en este caso con respecto al ritual funerario. Por supuesto que la aculturación recíproca también se da en usos y costumbres de la vida civil. Es un fenómeno similar al que se produce en el sur de España.

Hay tumbas fenicias como la del Cabo Spartel (FIG. 2), fechada en el siglo VI a.C., que es muy similar a las tumbas de cámara de la necrópolis de Trayamar (Algarrobo, Málaga), perteneciente ésta al poblado de Morro de Mezquitilla (Algarrobo, Málaga).

La necrópolis de Djebila y otras de Mauritania tiene tumbas de inhumación. También hay tumbas de inhumación en las necrópolis hispanas. Este rito parece ser el propio de las creencias, de la religión en fin, de los nativos, tanto de los del norte de África como de los de España. Es probable que los fenicios introdujeran en ambas zonas la cremación. Aún así la

con la que más se relaciona Marruecos, J. M. BLÁZQUEZ, J. ALVAR (eds.), *Los orígenes de Tarteso*, Madrid 1993. J. P. GARRIDO, E. M. ORTA, *La necrópolis y el hábitat orientalizante de Huelva*, Huelva 1989. ID., *Excavaciones en la necrópolis de "La Joya"*, Huelva, II, Madrid 1978. J. P. GARRIDO, *Excavaciones en la necrópolis de "La Joya"*, Huelva, Madrid 1980. D. RUIZ MATA, C. J. PEREZ, *El poblado fenicio del Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz)*, Puerto de Santa María 1965. M. PELLICER, *Huelva tartésica y fenicia*, «RStudFen», 24, 2, 1966, pp. 19-140.

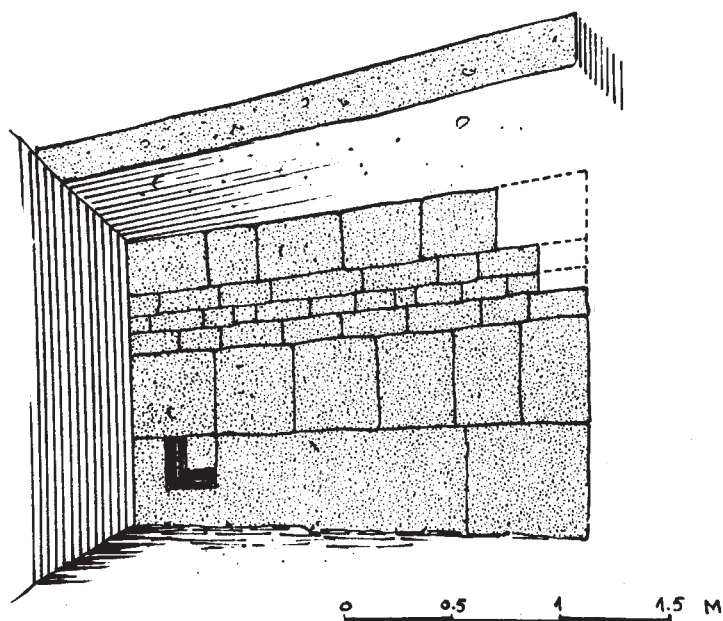


Fig. 2: Tumba fenicia de cámara de Cabo Spartel (croquis de R. P. Koehler, en M. PONSICH).

investigación nos ha dado pruebas fehacientes de que aquéllos trataban los cadáveres mediante la cremación y la inhumación. En los siglos IX y VIII a.C. en las necrópolis fenicias del Próximo Oriente hay enterramientos en los que los cuerpos, se hallan inhumados y/o quemados, predominando el primer rito. Para la Península Ibérica, concretamente para el sur, puesto que al menos la mitad norte está sometida a otro tipo de influencias – tribus de la cultura denominada *Campos de Urnas*, procedentes de Europa – sí parece que los fenicios sometían a cremación los cadáveres de sus fallecidos, al menos entre los siglos VIII y VII a.C., como se atestigua en las necrópolis de Cerro de San Cristóbal de Sexi, Trayamar, Cerro del Mar (Vélez-Málaga, Málaga). Es pues el rito más antiguo empleado por los colonizadores, que coexiste con la inhumación a finales del siglo VII a.C., como en Trayamar. A partir del siglo VI a.C. predomina el rito de la inhumación por influencia púnica¹⁸. La cremación, no nos consta por

18. No consta el por qué de la coexistencia de ambos rituales entre los fenicios, ni el por qué de la adopción por parte de los nativos del ritual de la cremación. Son numerosas

qué, parece se fue generalizando en cierto modo, como puede documentarse en la necrópolis tartésica orientalizante de la Joya, correspondiente con los cabezos de Huelva. Ello a pesar del conservadurismo que domina en la esfera religiosa de todos los pueblos, sean o no primitivos, y a pesar de que suponía mayor inversión de trabajo: recoger leña, preparar la pira (*ustrinum*), quemar el cadáver, generalmente acompañado de parte del ajuar, recoger las cenizas y los huesos calcinados, enterrarlos...

M. Ponsich estudia brevemente las necrópolis fenicias de Tánger de Djebila, Aïn Dalhia, Buchet, Dar Shiro, Malabata, Bled Chrif, Ferme du Bois, Sania Choulbat, Aïn el Assel y Masmouda.

En dichos cementerios las tumbas ofrecen marcadas diferencias con las de otras regiones, como las de Rachgoun, siendo las de esta necrópolis de inhumación y siempre individuales. En cambio en Tánger determinadas tumbas son de gran envergadura y de carácter familiar, como las del tipo VI, de la clasificación de M. Ponsich.

Señala este estudioso que en Mauretania Tingitana no se encuentran las tumbas que se han dado como características fenicias. Sí, en cambio, tumbas con tipología eminentemente fenicia se localizan en la Península Ibérica, como en Sexi, algunas de las cuales son excavadas en la roca, accediéndose a la cámara por medio de una escalera tallada en la roca. En Villaricos también se han descubierto varios hipogeos. A ellos se llegaba a través de rampas, en ocasiones con escaleras. En el interior hay nichos, cistas para depositar los cadáveres y bancos preparados a lo largo de las paredes para los ajuares. Otros receptáculos funerarios consisten en pozos sin escalera, como los hallados en Cerro del Mar, Cerro de San Cristóbal y Lagos (Vélez-Málaga, Málaga), siendo el tipo más antiguo constatado en las necrópolis fenicias, y que reciben solamente cremaciones. Este modelo de tumba procede de Oriente, Biblos, etc.

M. Ponsich interpreta estas diferencias entre las necrópolis hispanas y las africanas por el hecho de que el influjo de los comerciantes y colonos fenicios fue menos profundo en África, y se oponía al carácter y cultura locales, fuertemente arraigados de las poblaciones indígenas.

M. Ponsich es de la opinión que en esta época funcionaba lo que se ha llamado el Círculo del Estrecho, y que los nautas hispanos frecuentaban las costas de Marruecos hasta Mogador, lo que es muy probable. M. Ponsich, posiblemente muy acertadamente, es contrario al uso del término colonización fenicia, en el sentido amplio del término, en estas tierras africanas. Con toda probabilidad había un simple intercambio de pro-

las teorías vertidas por los investigadores: diferencias de sexo o de jerarquía, diferencias étnicas... y otras muchas, pero no se ha llegado aún a un acuerdo concreto y sólido, con apoyo científico.

ductos, aunque tal vez, por la fertilidad de las tierras, conocida, sin duda, por los orientales, en las mismas se asentaron campesinos fenicios. Los habitantes del área eran agricultores, al igual que lo fueron los del valle del Guadalquivir, y en general los de toda la costa meridional hispana. Aunque la diferencia entre unos y otros y, por tanto del interés fenicio, estriba en que los peninsulares poseían en su subsuelo una importante riqueza en minerales, de la que carecían los africanos.

El investigador francés esboza seis tipos de tumbas para la zona de Tánger, que difieren notablemente de las de los cementerios de Dermech y de Junon, fechados en el siglo VII a.C., donde utilizaban para la deposición de los cadáveres simples losas. Piensa M. Ponsich que la cronología de las tumbas de Tánger es anterior al viaje de Hannon, que él fecha a comienzos del siglo V a.C., como lo indica la ausencia de la cerámica típicamente cartaginesa de ánforas y de lucernas. En este aspecto la aculturación fenicia de estas necrópolis de fuerte tradición indígena, es mucho más débil que en las necrópolis tartésicas del sur de España, como la de Huelva, con rituales muy parecidos a los de Salamina en Chipre¹⁹, que son los mismos rituales descritos por Homero. El tipo I consiste en grandes cistas trapezoidales, con una superestructura de piedras conformando un túmulo. En el interior de las cistas el esqueleto se halla en posición forzada, flexionado. Son semejantes a algunas tumbas megalíticas, como la n. 2 de la necrópolis de Mers. Parece, pues, existir una tradición funeraria cuyas raíces se hunden en la época del Bronce o antes en la fase calcolítica. O bien, como indicamos más arriba, que los campesinos fenicios asentados en los alrededores de las aldeas nativas de la Edad del Bronce tuvieron una estrecha relación con sus vecinos, impregnándose de sus costumbres, y éstos, a su vez, de las de los fenicios. Esta hipótesis va en la línea de lo indicado en líneas superiores más arriba al respecto de que parece que la civilización autóctona estaba fuertemente arraigada.

Otro ejemplo es el de dos tumbas de la necrópolis de Aïn Dalhia (FIG. 3). Este tipo tumular no es muy popular en los cementerios fenicios africanos. En cambio en el sur peninsular son frecuentes, sobre todo en las necrópolis indígenas, a pesar de hallarse sometidas las poblaciones a un proceso fuerte de aculturación, como en Setefilla, en Carmona (Sevilla) o en Castulo (Linares, Jaén). J. M. Blázquez²⁰ emparenta estos túmulos tartésicos o de influencia tartésica con los de Chipre y de Siria. Este autor defiende la existencia de una colonización agrícola en el mediodía hispa-

19. V. KARAGEORGHIS, *Salamis in Cyprus. Homeric, Hellenistic and Roman*, London 1969, pp. 123-150.

20. *Los túmulos de Villaricos (Almería), Setefilla y Carmona (Sevilla), Castulo (Jaén), Torre de Doña Blanca (Cádiz) y de Marruecos, y sus prototipos orientales*, in *Homenaje a Luis Siret*, Sevilla 1986, pp. 557-61.

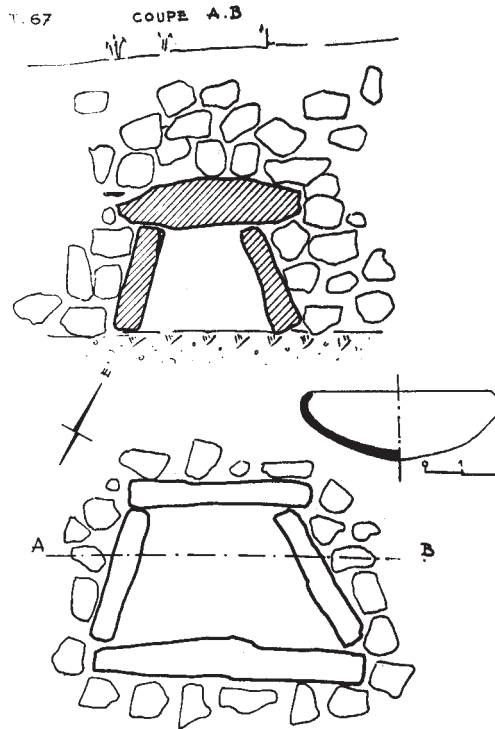


Fig. 3: Tumbas fenicias, tipo I. Necrópolis de Aïn Dalhia (dibujo M. Ponsich).

no. Los colonos, hombres jóvenes y desprovistos de tierras, pudieron llegar aquí al extremo más occidental europeo y asentarse, huyendo de la presión asiria, en Siria, Fenicia e Israel. La injerencia del temible ejército asirio está bien representada en los relieves asirios, puertas de Balawat con la conquista de Tiro en tiempo de Salmanasar III (858-829 a.C.), de Hazazu, de Dabigu, de Hamat, de Astartu, etc.²¹ Este carácter de colonización, bien diferente del generado por el comercio, aunque en cierta manera también se complementa, se observa asimismo, aunque de forma muy difusa, en Mauretania. La colonización agrícola es aceptada por J. Alvar, por C. G. Wagner y por nosotros, y explica muchos aspectos culturales del valle del Guadalquivir, muy poblado desde épocas antiguas por tribus peninsulares.

21. J. B. PRITCHARD, *The Ancient Near East in Pictures Relating to the Old Testament*, Preston 1969, pp. 191-293, nos. 357-366.

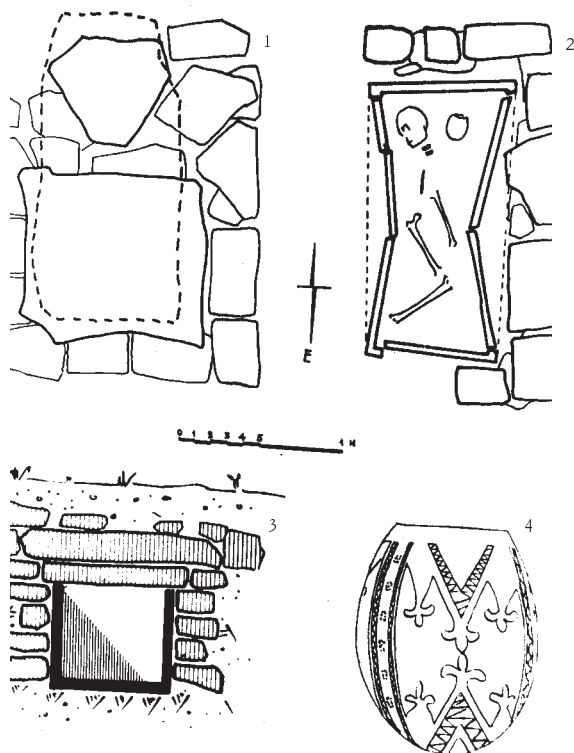


Fig. 4. 1-3: Tumbas fenicias tipo V. 4: Huevo de avestruz decorado. Necrópolis de Aïn Dalhia (dibujo M. Ponsich).

El tipo II son cistas rectangulares, frecuentes en las necrópolis de Djebila, Aïn Dalhia y Dar Shiro.

El tipo III se refiere, asimismo, a cistas rectangulares, consistiendo su aparejo en piedra más o menos careada, unida a veces a hueso, como la tumba n. 29 de Aïn Dalhia, en oposición a los dos tipos anteriores, en los cuales las sepulturas se fabricaron a base de losas monolíticas ajustadas.

El tipo IV es semejante al tipo III, con la diferencia de que los aparejos son más cuidados. Son escasas las tumbas que se pueden integrar en este tipo: tumbas nos. 12, 47 de Djebila.

El tipo V comprende sarcófagos monolíticos, protegidos al exterior por una construcción levantada mediante piedras de diversas formas, apenas desbastadas, teniendo como ajuar un huevo de avestruz (FIG. 4). Tumbas nos. 5, 78 de la necrópolis de Aïn Dalhia.

Y finalmente el tipo VI se diferencia de los precedentes en que las tumbas fueron fabricadas con losas verticales, que se cubren con un amontonamiento de piedras. Contienen varios cadáveres, como en las tumbas nos. 10, 47, 55 de Aïn Dalhia y la tumba n. 20 de Djebila.

La cerámica hallada en los seis tipos de enterramientos no aporta una datación precisa al ser en gran medida una producción rural, y no son aplicables para resolver problemas de cronología los vasos púnicos de Cartago. Sin embargo, es bien claro el influjo cartaginés en las necrópolis. He ahí el cementerio de Aïn Dalhia. La ocupación del mismo llega hasta los comienzos del siglo V a.C. La fecha de inicio de esta necrópolis, a juzgar por un vaso de Djebila, del tipo de los hallados en Cartago, oscila entre los siglos VIII-VII a.C.

En estas necrópolis faltan las ánforas y las lucernas púnicas, así como la cerámica ática. Es, asimismo, muy rara la cerámica de barniz rojo, platos y cuencos, que se encuentra en cambio a menudo en Lixus y Mogador y en las necrópolis hispanas. Tales carencias indican unas diferencias grandes entre estas necrópolis y las del sur de España. En cambio, aparecen vasos tipo chardon, acerca de los cuales M. Ponsich distingue tres tipos: tipo I, con carena, tipo II, evolucionado y tipo III, con pie (FIG. 5). Estos vasos se documentan ampliamente en España donde tuvieron una gran pervivencia. Figuran incluso en los rituales de Urso (Osuna, Sevilla) en época tan baja como en el siglo III a.C.²²

También una aportación fenicia al ritual de estas tumbas son los huevos de avestruz (FIG. 4-6), bien documentados en Marruecos, acerca de los que, como ya indicamos, trató M. Ponsich en 1966²³: Mogador, Banasa, Lixus, Tamuda, Djebila, Cabo Spartel y en toda la costa mediterránea africana Saïda, Gouraya, Colo, Cartago, Utica, Redeyef.

Otros elementos fenicios son los colgantes con una cápsula rectangular, utilizados en todo el mundo púnico, al igual que los varios amuletos de pasta vítrea, los anillos circulares, etc. M. Ponsich ha realizado un fino análisis de todas estas joyas o más bien síntesis.

La casi total ausencia de armamento en los ajueres indica que esta población era pacífica. O bien que no encajaba en sus rituales funerarios el amortizar armas acompañando a los cadáveres, puesto que las armas

22. A. GARCÍA Y BELLIDO, *Arte ibérico*, Madrid 1979, fig. 66. También se usaba este tipo de vaso de origen fenicio en los santuarios del Cerro de los Santos, figs. 35-38, 40, 42, para las libaciones. Id., *Historia de España*, 1.3. *España primitiva*, Madrid 1969, pp. 483-7, figs. 378, 380, 383, 387-389, 392-393. Para el *heroon* de Osuna, p. 544, fig. 474.

23. *Tanger, un œuf d'autruche décoré*, cit.

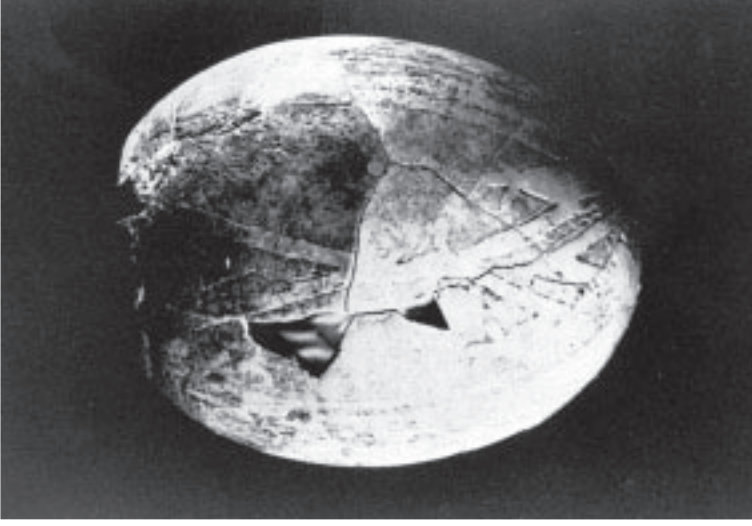


Fig. 6: Huevo de avestruz decorado (foto M. Ponsich).

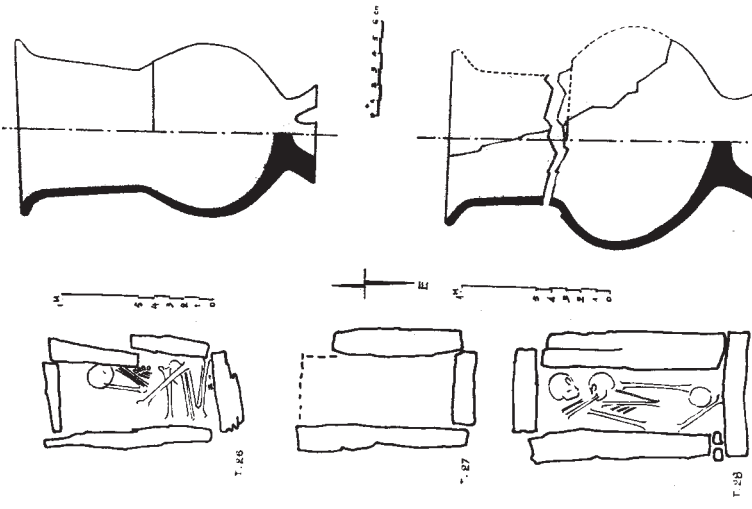


Fig. 5: Tumbas fenicias de Ain Dalhia. Vasos tipo chardon con pie (dibujo M. Ponsich).

fueron utilizadas en todas las sociedades antiguas, sean o no belicosas, para defenderse, para realizar indeterminados ritos iniciáticos, para cazar...

El investigador galo recoge algunos otros datos importantes para conocer la base de la alimentación de estos grupos humanos, como las tres hoces de Djebila y otras tres halladas en Aïn Dalhia, al igual que los granos de trigo, guisantes, habas y huesos de aceituna, recuperados en las tumbas. También se han hallado algunas armas de hierro, como indicamos muy escasas. El beneficio de este mineral en ambas riberas mediterráneas fue otra de las aportaciones de los fenicios. Y objetos fabricados con hierro se documentan por vez primera en las necrópolis de Sexi. Igualmente aparecen en el tesoro de Villena (Alicante), del siglo IX a.C., en piezas que no acusan ningún influjo fenicio.

En lo referente a las creencias de ultratumba M. Ponsich sigue la opinión de Gsell, de que la profundidad de las tumbas y el hecho de estar tapadas con piedras, obedece al temor al retorno de los muertos para perjudicar a los vivos, creencia muy arraigada en las mentes de numerosos hombres de diferentes civilizaciones. M. Ponsich no descarta el embalsamamiento de los cadáveres, aunque no se han observado en las tumbas vestigios de este tratamiento.

Los cadáveres se recubrían parcialmente de ocre rojo, ritual, que como indicamos en páginas precedentes, se utilizó en épocas anteriores, sin que ello implique necesariamente una continuidad en las creencias. Con respecto a la Edad del Bronce si es factible, mas no con referencia a las fases paleolíticas, cuyas diferencias con civilizaciones protohistóricas o históricas son obvias en todos los aspectos, sobre todo en uno sumamente importante, las bandas paleolíticas son depredadoras transhumanes, los hombres de la Edad del Bronce mauritanos y los semitas son sedentarios productores de alimentos.

M. Ponsich estudió con particular interés la etapa cartaginesa²⁴ de la región, que coincide con la aparición de Tánger. A esta época pertenece la necrópolis de Marshan, donde se han recuperado objetos de tradición púnica o neopúnica, junto con materiales romanos de distintas épocas. Sólo las tumbas del tipo I, de inhumación, pertenecen al periodo púnico mauritano. Acepta M. Ponsich la fecha del 525-500 a.C., de la llegada de Hannon a Marruecos, datación que hoy parece muy alta. El documento más antiguo de la presencia de Cartago es un fragmento de ánfora ática, que por comparación con las de Mogador, se data en la segunda mitad del siglo VII a.C. Hannon asentó colonos en las villas citadas entre las Co-

24. W. Huss, *Los cartagineses*, Madrid 1993.

lumnas de Hércules (Estrecho de Gibraltar) y Lixus, Thymiatérion, Karikon Teichos, Gutté, Akra, Melitta y Arambys, lo que prueba unas relaciones intensas con Cartago. La región de Tánger, Kouass, funcionaba como un emporio mercantil. Se fabricaban ánforas empleadas en la industria local. Igualmente se modelaban y cocían recipientes para uso doméstico: platos, ollas cazuelas, fuentes, cuencos, vasos pintados, lucernas, todo influenciado por los productos del sur de España. Kouass es una prueba de la penetración cartaginesa en Marruecos, en la costa atlántica. Dos grandes vías favorecían la entrada cartaginesa hacia el interior: la primera iba de Djebila a Aïn Dalhia por el valle de Bon Khalf y conducía al valle de Bougdour. La segunda partía de la bahía de Tánger y se prolongaba sobre el Charf el Aqab para terminar en la costa. Esta vía en época romana es la principal arteria que se dirige al sur, desde la provincia de Tánger a la vecina de Zili.

A partir del año 146 a.C., comienza la época mauritana, cuando los reinos indígenas pasan sensiblemente a la hegemonía romana, que reemplazó la tutela púnica. En esta etapa la cerámica romana invade el mercado y desplaza a la púnica. Las relaciones con Cartago se cortan y el comercio se dirige a Roma. Tánger y su entorno deviene en un pequeño reino autónomo, bajo Iphtas, después bajo Ascalis, siendo la capital Tánger.

En el año 38 a.C., Bogud luchó contra Octavio. Los habitantes de Tánger se sublevaron contra el monarca, mientras combatía en *Hispania* (Dío, 48, 45, 8). Octavio en agradecimiento otorgó a sus habitantes la ciudadanía romana y los liberó de la autoridad de Bocchus II, que se había apoderado del reino de Bogud. Se desconoce la organización y la administración de Tánger en esta época.

En el año 25 a.C. Octavio colocó a Iuba I al frente de Mauretania. La romanización se acelera en este momento. Los reyes mauritanos acuñan monedas con caracteres púnicos, al igual que hicieron varias ciudades del sur de España. Las monedas llevan letreros en púnico y en latín, y los bustos de los emperadores romanos. Con Iuba II y con su hijo Ptolomeo, se olvidó la independencia y se aceptó un *foedus*, como sucedió en el resto de Mauretania. Iuba II fue un gran rey. Un hombre culto, que estableció relaciones económicas y culturales con Roma. Bajo su reinado se desarrollaron la industria y la agricultura. El arte alcanzó un gran momento, como lo indican los excelentes broncees helenísticos hallados en la costa. M. Ponsich sugiere que en la revuelta de Edemón los partidarios llegaban a *Hispania*. Ello es posible. La guerra civil fue encarnizada, como lo prueban las huellas de incendios atestiguadas por M. Ponsich.

El investigador que tratamos se fija principalmente en las cerámicas romanas, comenzando por la de Arezzo, y la de paredes finas, por las ánforas republicanas y augusteas y por las lucernas republicanas que

prueban una presencia romana fuerte y una intensidad del comercio con la metrópoli. Este comercio coincide con la actividad de la fábrica de salazón de Cotta, que comenzó a trabajar en el siglo I a.C., producción que fue una de las principales fuentes de riqueza en la época púnico-mauritana. El excelente conocimiento que M. Ponsich tiene de Mauretania le permite puntualizar bien los yacimientos utilizando a veces la fotografía aérea. Un dato interesante apuntado por M. Ponsich es el de que las monedas de Tánger no sobrepasaron en su circulación más allá del sur de Hispania. Su importancia se centró en el sur de Marruecos. Termina M. Ponsich esta parte de su volumen refiriéndose a que los mauretanos se sentían más próximos a Hispania que al corazón de Marruecos. Estas relaciones se deducen de la tumba de Mogogha. Incluso precisa M. Ponsich que la penetración cartaginesa en Marruecos se hizo desde España, lo que es muy probable.

M. Tarradell es otro investigador europeo que dedicó su juventud al estudio de Marruecos. Fue, en el Antiguo Protectorado Español, director del Servicio de Excavaciones. Después pasó a ejercer la docencia en España, centrándose a partir de ese momento en los trabajos referentes a la arqueología española. Ya en una época tan temprana como 1953, publicó la necrópolis púnico-mauritana del Cerro de San Lorenzo, en Melilla, región escasamente conocida²⁵. Sin embargo su nombre irá siempre unido a las excavaciones de Lixus, que él dirigió durante muchos años²⁶. M. Tarradell, en compañía de M. Ponsich, excavaron el conjunto monumental de los templos de Lixus, que es uno de los complejos religiosos de mayores proporciones de Occidente. La publicación es ya de M. Ponsich²⁷, quien recoge en gran parte el pensamiento de M. Tarradell. Este autor escribió un libro de síntesis, ágil y bien documentado, sobre el Ma-

25. M. TARRADELL, *La necrópolis púnico-mauritana del Cerro de San Lorenzo en Melilla*, in *1 Congreso Arqueológico del Marruecos español*, Tetuán 1953, pp. 253-66. La figura de Tarradell como arqueólogo ha sido estudiada por N. TARRADELL FONTS, *Bibliografía básica*, in *Estudis Universitaris catalans, Homenatge a Miquel Tarradell*, Barcelona 1993, pp. III-VIII. B. PORCEL, *Miquel Tarradell y la vida de las piedras*, in *Estudis Universitaris catalans, Homenatge a Miquel Tarradell*, pp. 7-12. E. A. LLOBREGAT, *Miquel Tarradell: nacionalista, arqueòleg e historiador*, in *Estudis Universitaris catalans, Homenatge a Miquel Tarradell*, pp. 25-36. G. SOUVILLE, *L'apport de Miquel Tarradell à la préhistoire marocaine*, in *Estudis Universitaris catalans, Homenatge a Miquel Tarradell*, pp. 43-8.

26. M. TARRADELL, *Las excavaciones de Lixus, Marruecos*, «Ampurias», 17, 1931, pp. 186-90. ID., *Lixus. Historia de la ciudad. Guía de las ruinas y de la sección de Lixus del Museo Arqueológico de Tetuán*, Tetuán 1959.

27. *Lixus. Le quartier des temples*, Rabat 1981. Estos templos de Lixus han sido estudiados por J. M. BLÁZQUEZ, *Urbanismo y sociedad en Hispania*, Madrid 1991, pp. 147-204, comparándolos con los templos semitas aparecidos en las monedas.

rruecos púnico, que en su día significó un estudio fundamental²⁸. También M. Tarradell realizó en 1950 un trabajo sobre el *Periplo de Hannon*²⁹, viaje de exploración que siempre ha sido de gran actualidad y que se presta a interpretaciones muy diferentes.

Estos dos arqueólogos, algunas de cuyas características son el profundo conocimiento del terreno que han plasmado en numerosa bibliografía, diseminada en multitud de revistas, pasarán, por sus aportaciones, a la historia de la investigación científica de Mauretania Tingitana³⁰.

28. M. TARRADELL, *Marruecos púnico*, Tetuán 1960.

29. M. TARRADELL, *El periplo de Hannón y los Lixitas*, «Mauritania», 268, 1950.

30. F. LÓPEZ PARDO, *Mauritania Tingitana. De mercado colonial púnico a provincia periférica romana*, Madrid, 1987. Sobre Marruecos son fundamentales dos congresos: *Congreso Internacional "El Estrecho de Gibraltar" (Ceuta, 1987)*, Madrid 1988; *Congreso Internacional "El Estrecho de Gibraltar" (Ceuta, 1990)*, Madrid 1995.